

## CARTA VIGÉSIMAQUINTA

Abandono Ambleuse. — Inventario intelectual. — Valor de la nueva generación. — Las « ausencias ». — Madres é hijas modernas. — Necesidad de enseñar una ley moral inflexible. — La cultura secundaria. — Las primeras « Cartas á Francisca ». — ¡Adiós, Francisca!

*Ambleuse, 19 de septiembre.*

ESTA es mi última carta fechada en Ambleuse, querida Francisca; mañana abandono la vieja y exquisita casa y sus encantadores dueños. Me han escrito de Gascuña que han terminado de lavar los cubos y de exponer al aire los toneles llenos de agua para que se hinchen las duelas que el calor del verano ha contraído. Las uvas del Similión de Saviñon, de Jurason comienzan á mostrar, entre el ópalo de sus racimos las manchas de noble putrefacción (así lo dicen los campesinos). La noble putrefacción de las uvas significa: « ¡Estamos maduras: cogednos sin perder momento!... Van á comenzar las vendimias y nada podría retenerme lejos de donde flota el olor acre de los lagares... Salgo mañana al amanecer.

Salgo mañana. Y según mi constante hábito (que te he transmitido porque lo creo útil), antes de abandonar este rincón de Francia, mi refugio durante varias semanas, intento hacer el inventario del pedazo de vida que dejo allí. ¿Qué empleo he hecho de mi estancia en Berri? ¿He perdido el tiempo? ¿Fueron simplemente horas de absoluto reposo, — en cuyo caso no se pierde el tiempo si la vida interior permanece inactiva mientras se está parado?

En verdad, no he escrito ni una sola línea: el legajo que

guarda los proyectos de cuentos, de novelas ó de obras, ha permanecido cuidadosamente intacto... ¡ Tanto mejor! Al menos no habré añadido nada de superfluo á todas las páginas, buenas ó malas, que tengo acumuladas. En la época de mi vida en que me encuentro, un escritor no tiene derecho á tener la pluma en la mano constantemente. Y cuando se han dedicado veinte volúmenes á sus contemporáneos, el que hace veintinueve, debe comenzarse con circunspección.

Así, pues, ni una línea durante tres semanas. No he manejado la pluma (salvo la enojosa correspondencia diaria) más que para dirigirte cinco largas cartas, para resumir las impresiones de mis lecturas (he releído *Corina* y el *Médico rural* y leído un estudio sobre Bergson) y para añadir algunas observaciones á mi cuaderno de educación. Inmediatamente clasificaba estas notas, que constituyen la más valiosa de las adquisiciones intelectuales hechas en Ambleuse. Tratemos de resumir la substancia para mejor evaluar estas adquisiciones.

He encontrado una admirable oportunidad, como dicen los ingleses, para observar á la « nueva pollada ». No incluyo á Pedro, Simona ni á la « mecha científica », tres sujetos que ya conocía á fondo. Pero Noel Laterrade, Guy Demonville y sus dos hermanas, Sam y May Footner, Cecilia Bernier, Silvia y Jorge, se ofrecieron á mis observaciones escalonados, como por una disposición providencial, entre los doce y diecisiete años, entre la víspera de la edad ingrata y el umbral de la juventud. Maravillosa ocasión para observar por adelantado esa tercera región de la infancia á la que se aproximan Pedro y Simona. Nosotros, querida Francisca, ya tenemos fijado nuestro método educativo desde el nacimiento del niño hasta los ocho años, y de esta edad hasta la llamada ingrata; pero no desde el período que media entre los doce años, próximamente, y los dieciséis... Pedro y Simona alcanzarán este tercer período de la infancia dentro de un porvenir bastante próximo para que el clima intelectual y moral no haya cambiado después de la actual generación. Estudiemos, pues, en ésta, la vida que les espera y sus peligros. Gobernaremos nuestros discípulos y les preservaremos.!

Cualidades de la nueva pollada, según mis observaciones sobre el grupo Laterrade-Demonville-Footner-Lespinat-Bernier-Tasqué; energía y resistencia física; cierta franqueza; una manera realista, en el mejor sentido de la palabra, de ver la vida tal como es, sin romanticismos ni carantoñas; poco pesimismo; renacimiento de una patriotería nacional que casi había desaparecido en la generación precedente.

En el sexo femenino: curiosidad intelectual; buena voluntad de aprender sea lo que sea, sin orden alguno, ¡ ay ! aunque la falta quizás no sea de ellas. Esta curiosidad de las jóvenes produce en los hombres de su edad una especie de mal humor contra la intelectualidad en general, pero más especialmente contra la de las mujeres.

Defectos de la nueva pollada: ausencia de muchas cosas que yo considero como esenciales en el tipo ideal del hombre y de la mujer, tipo según el cual quisiera yo esculpir á Pedro y Simona y más tarde á Francisca II. Enumeremos estas « ausencias ».

\* \* \*

En primer lugar: ausencia de respeto. — La juventud ha demostrado siempre cierta independencia ante sus mayores, pero no tanta como ahora. Un adolescente de dieciséis años ó una niña de catorce se estiman en igual valor é importancia que los individuos más respetables de treinta y cincuenta años. Y esto es nocivo para los jóvenes, porque es ridículo, porque no corresponde á la realidad... Debemos procurar cuidadosamente de cultivar en Pedro y Simona « el sentido del respeto » y demostrarles cuán justo y útiles son. Sin dejar de acostumbrar al niño á que obre por su cuenta, sin dejar de desenvolver lo mejor posible su cultura, procuremos hacerle ver de vez en cuando los límites de su débil poder y de su reducido saber. No resultará de esto para él humillación ni desaliento si cuidamos de decirle: « Hijo mío, el tiempo, maestro al que nadie puede igualar, hará retroceder poco á poco estos límites, á condición de que no te enorgullezcas, de que no finjas ser superior á él. »

En segundo lugar: ausencia de vergüenza: — Es resulta-

do de la ausencia de respeto; relajada la autoridad de los padres, los hijos no se recatan delante de ellos. Pero la ausencia de vergüenza tiene, además, otras causas. En primer lugar una debilitación general de lo que se llama « las conveniencias ». Hasta no hace mucho, las conveniencias reinaban hasta por encima de la moral. Una joven, una mujer, toda una familia se desacreditaban tanto como por un grave desorden, si no se sujetaban á ciertas reglas del tocado, del lenguaje, de los modales, de las relaciones, reglas admitidas sin discusión por todo el mundo. Desde el día en que estas reglas se han discutido, muchas de ellas no han resistido al examen; desgraciadamente, ciertas reglas que podían defenderse, fueron barridas al mismo tiempo, y, desde entonces, cada cual se juzga libre de denunciar las conveniencias que no le convienen. Una de las más molestas para los padres era la de contradecirse delante de sus hijos. Ya está abolida... Los hijos se aprovechan para no cortarse en presencia de sus padres. Libertad recíproca de palabras y de modales.

Otra causa lamentable de la vergüenza: se ha abatido, entre la educación de hombres y mujeres, el tabique que les separaba. Han hecho muy bien, ya conoces mi opinión sobre este punto. Pero, no es necesario decirlo, la mezcla de los dos sexos en la infancia, y, sobre todo, en la juventud, requiere por parte de padres y maestros una vigilancia implacable; y, ante la novedad del sistema y temperamento galante de la raza, esta vigilancia es en países latinos más necesaria que en cualquier otra nación. Confesemos que los padres se han limitado á aceptar los hechos. Hombres y mujeres atraviesan, pues, un periodo bastante peligroso y buscan inconscientemente establecer *el estatuto de sus relaciones*. Los establecerán, puedes estar segura, Francisca; los establecerán, por la fuerza de las cosas, por el antagonismo de los intereses. Pero, provisionalmente, la mezcla tiene por primer efecto que las muchachas desean igualar á los jóvenes, de una parte en condiciones físicas y en ciencia, lo que no está mal, y de otra en precoz experimentación de la vida y en libertad, lo cual no puede hacerse sin peligro. Insisto en que no creo á las jóvenes de la actual generación menos morales que

las de la precedente; pero estoy seguro de que son menos púdicas.

De aquí nace un problema inédito que propongo al educador : de ese pudor, encantador hasta en su exageración, que informaba á las jóvenes de otro tiempo, puesto que es evidente que no puede retenerse todo, ¿qué debe prohibirse á toda costa? ¿Qué es esencial?

Hay que retenerlo (pues ésta será la regla en la educación de Simona) : *lo que realmente importa al hogar futuro*, lo que importa á la mujer, á la madre. Y, como no es posible ir contra las corrientes del tiempo, hay que sacrificar sin vacilaciones lo demás.

Madres, no os engañéis con la esperanza de que vuestras hijas serán « ignorantes », como vosotras lo fuisteis. Mi consejo es el siguiente : tomaos vosotras mismas el grave cuidado de no dejarlas ignorantes. Fenelón ha dicho : « No sintiendo una curiosidad razonable, las jóvenes sentirán un desarreglo. ¡ La « curiosidad razonable » es lo que importa satisfacer, procurando que no sea muy tarde ! Las lecciones de puericultura que se dan á niñas de corta edad, las tranquilizan al hacer derivar hacia la maternidad su afán de saber. Retardar esta enseñanza ó abstenerse es una perezosa criminal por parte de la madre; la madre ha disfrazado su cobardía ante un deber penoso; su hija recibirá de todos modos la enseñanza, pero ¡ por quién y de qué manera !... »

Informada por *su madre*, la joven Francisca moderna, Simona, Francisca II de dieciseis años no revestirá las ignorancias que daban brillo al plumaje de la antigua Francisca, del « ganso blanco » (así la bauticé en otro tiempo y el remoquete tuvo buena fortuna). Mejor informada, si su alma es pura y recta, defenderá mejor en su propia persona la esposa y la madre futura. En mis observaciones sobre la nueva pollada, compruebo con placer que, — entre muchas imprudencias y debilidades ¡ ay ! — se anuncia y desenvuelve el tipo de la joven para la que el « flirt » no sea más que un entretenimiento social, una forma alegre de interpretar el eterno conflicto de los sexos, pero que no deja por ello de guardarse celosamente contra las celadas del hombre y ponen estricto cuidado en ser

puras y guardar su reputación de tales, como el hombre procura conservar la suya de lealtad y valor... Hé aquí, querida Francisca, la Simona y Francisca II que yo quiero : informadas, no jugando á lo inocente, negándose á que los jóvenes las crean ingenuas y les hagan la corte; pero excluyendo seca y definitivamente á los que falten á las reglas estrictas de la decencia, no tolerando palabra ni gesto que pretenda disminuir la parte reservada al hombre que amará, con el cual se casará y con el que pondrá hijos en el mundo.

*Resolución* : Sabiendo que sus hijas no pueden permanecer ignorantes, las madres las instruirán ellas mismas, en edad temprana, en la edad en que esta enseñanza puede darse sin peligro, orientándolas hacia el instinto de la maternidad que precede, en la niña, al de mujer. Después de esto se esforzarán en inspirarles el punto de honor de la defensa personal, como se inspira al joven el punto de honor de la lealtad y del valor.

Cumplidos estos deberes, las madres no deben renunciar á vigilar las relaciones sociales de sus hijas con los jóvenes; pero las dejarán, sin embargo, una libertad que no les concedieron á ellas, que no te concedieron á ti, Francisca. Y las jóvenes, sin la vigilancia exclusiva y enojosa de otro tiempo, se preservarán bastante bien, como sucede en Inglaterra y en los Estados Unidos, máxime cuando las maneras del hombre se modificarán también al mismo tiempo... Ya los jóvenes del día, disciplinados por los deportes, familiarizados con la sociedad de las jóvenes, no se parecen á los de mi generación, ni siquiera á los de la generación de tu esposo, mi linda sobrina. La preocupación de la galantería es, en efecto, menos obsesiva en ellos; Jorge de Lespinat me lo ha confirmado bien claramente en sus confidencias. Puede preverse que esta evolución se acentuará más y más : Pedrito y sus contemporáneos estarán, sin duda, menos atormentados aún que Jorge de Lespinat, por la obsesión galante de los jóvenes franceses de otro tiempo; menos aún los jóvenes futuros que « flirtearán » con Francisca II. Se parecerán más y más (aparte las inevitables diferencias de raza) á los jóvenes anglo-sajones contemporáneos suyos; les atraerá la sociedad de las jóvenes,

pero estarán habituados á ella y llevarán la reserva un poco defensiva que se experimenta ante un adversario armado é informado... *Estoy seguro* de esta evolución. Es uno de los raros pronósticos que me atrevo á formular. Y no es ésta una de las consecuencias menos curiosas de la igualdad de los sexos. No la tenían prevista : ahora que se comprueba se percatan de que era fatal.

Sin duda, nuestra juventud francesa perderá esa efervescencia amorosa que originó, en ocasiones, la eclosión de los poetas, de los artistas precoces y que presta un lánguido encanto á los recuerdos pueriles de los hombres de mi tiempo; pero el matrimonio ganará, ganará la nación y la raza.

Yo dirigiré resueltamente á Pedrito hacia este ideal.

Una tercera « ausencia » que he notado en detrimento de la nueva pollada, es la ausencia de una ley moral superior, la ausencia de ideal y de vida interior... No es, en gran parte, culpa suya : vive en un país en donde las tradiciones religiosas, morales, ideales, están, si no abolidas, cuando menos rotas, dispersas en girones. De aquí resulta que, acercándose ahora á los jóvenes anglo-sajones por las costumbres, el temperamento, la concepción de la vida, nuestros hijos difieren bastante de ellos; porque los anglo-sajones tienen una tradición moral, espiritual, nacional, extremadamente sólida aún, aunque se señala en ellos síntomas de una crisis.

Yo, pues, tengo la convicción de que el temperamento de un niño sano, educado lo más prudentemente posible, no basta para garantizar, en el porvenir, un sér verdaderamente moral. Llega un día, en efecto, en que el educador ha terminado su misión y devuelve al discípulo su libertad. Libre, la disciplina entra en la vida del mundo. Su carácter es, en este momento preciso, un resultado de dos componentes: los hábitos innatos (naturaleza heredada) y los hábitos adquiridos (educación). Pero hé aquí que un nuevo componente va á influir en él : la vida, el contacto con los hombres, las lecciones de la experiencia. Según el azar de estas experiencias, el joven discípulo, libre de su albedrío, recibirá de la vida una especie de « segunda educación » y luego de cinco ó seis años de recibir esta segunda educación, quedará formado el

carácter definitivo, resultado de *tres* componentes: naturaleza, educación, experiencia.

La experiencia, dígame lo que se quiera, no es siempre una educadora que moralice. Á veces da consejos egoístas, de duplicidad, de ferocidad. Los da también de escepticismo, de abandono, de goce sonriente... Para escoger entre las lecciones de la experiencia es indispensable que la disciplina sembrada en la vida, lleve en sí una regla moral inflexible, un ideal de acción, una fe en el bien imperativo : podrá errar, pero al menos sabrá que ha errado, se juzgará á sí misma.

Crear esta regla moral inflexible en Pedro, Simona y Francisca II, es lo que intentamos á toda costa, querida Francisca. Les enseñamos, siguiendo el consejo de M. Julio Lemaitre, las creencias de nuestros padres; pero no creemos cumplido nuestro deber cuando ellos han enunciado los preceptos. Queremos que la enseñanza moral sea distinta de la enseñanza de la Geometría ó del cálculo, que no sea, como para lo demás, páginas que se aprenden y con las cuales ya nada tenemos que ver una vez comprendidas y alojadas en nuestra memoria. Queremos que amen aquella regla moral que será su principio activo, defendiendo y adelantando nuestra enseñanza á través de la vida, á pesar de las tentaciones del egoísmo y del escepticismo.

\* \* \*

Todavía encuentro en mis notas, querida Francisca, otro cargo contra la nueva pollada : « la ausencia de cultura ». He notado esto en la sesión de la biblioteca; pero esta observación es demasiado severa é injusta en su brevedad. Debí haber anotado : débil cultura en los jóvenes, superioridad innegable de las muchachas; resistencia de ellos á aceptarla; esperanza de que esta resistencia provocará la emulación y saldrá ganando la cultura de los dos sexos... La buena voluntad de la nueva generación no bastará, sin embargo; importa, ante todo, que el educador sacuda su pereza y la de ellos. No insistiré sobre este punto, querida sobrina, porque ya lo he hecho hasta la saciedad en el curso de estas cartas y sabe-

mos perfectamente cómo hemos de dirigir la cultura intelectual común de Pedro y Simona. Cultura idéntica hasta los dieciséis años, porque nosotros no nos reconocemos derecho para impedir á Simona que sea un día, si quiere, abogado, médico ó profesora del colegio de Francia... Pedro y Simona sólo cuentan ocho años; pero los métodos que les aplicamos hoy sirven para mientras dure su educación... Cuando la hayan terminado, cuando Francisca II tenga quince ó dieciséis años, irás á tu biblioteca, querida sobrina, buscarás las primeras « Cartas á Francisca », aquellas que yo te escribía cuando eras alumna del Instituto Berquín y encontrarás en ellas un programa de cultura secundaria y, disciplinas para la juventud del espíritu, puntos sobre los cuales no han variado nuestras ideas.

\* \* \*

¡Las primeras « Cartas á Francisca!... » Su recuerdo surge naturalmente al terminar ésta, querida Francisca madre, pues estoy al fin de la misión que me impusiste. Colocarás mis cartas de Ambleuse al final de la correspondencia que te dirigí los meses precedentes sobre Francisca II, Pedrito y Simona, pues son el complemento, y este breve estudio sobre la nueva generación quizás te sea útil para educar á tus hijos entre la edad llamada « ingrata » y el término de la infancia.

Escribo, pues, en este momento las postreras líneas de las últimas cartas á Francisca... y no las escribo sin melancolía. Durante doce años de mi vida, Francisca soltera, Francisca casada, Francisca madre, me ha pedido consejos: se los he dado con toda conciencia... Y esto ha terminado... Terminar un libro es morir un poco. Terminar el último volumen de una serie compuesta en el curso de doce años de mi vida, es casi redactar el testamento.

¡Vamos, nada de neurastenia! Los doce años han pasado, es cierto; pero la obra está hecha y he recibido testimonios de todas partes de que ha consolado, levantado, animado almas á la acción, para no encontrarme humildemente contento de haberla escrito, aun llena de defectos como está.



... Irás á la biblioteca, buscarás las primeras cartas á Francisca...  
(Pág. 280).

Si esos doce años tuviera que vivirlos todavía, la obra estaría sin hacer. ¿Sabía yo al empezarla, hace doce años, si la vida me dejaría tiempo para terminarla?

Adiós, Francisca... Voy á firmar la última carta que me has pedido... Todas las que te he escrito se me aparecen de pronto como un camino sinuoso detrás de mí, y en él veo escalonados rostros diferentes de Francisca : dieciséis años..., veinte... veinticinco... La Francisca actual cumplirá treinta muy pronto.

Ya no tiene necesidad de consejos.

Adiós, Francisca.

Mayo, 1912.

FIN

## ÍNDICE



Carta	I.	7
—	II.	22
—	III.	36
—	IV.	47
—	V.	64
—	VI.	76
—	VII.	84
—	VIII.	96
—	IX.	106
—	X.	119
—	XI.	127
—	XII.	136
—	XIII.	146
—	XIV.	156
—	XV.	163
—	XVI.	169
—	XVII.	177
—	XVIII.	188
—	XIX.	196
—	XX.	205
—	XXI.	219
—	XXII.	228
—	XXIII.	241
—	XXIV.	259
—	XXV.	272